

ASCO MORAL Y MORAL DEL ASCO

3a. parte

Antonio Oriol Anguera *

En nuestros artículos anteriores abordamos el asco en sus aspectos fisiológico y filológico. Hoy vamos a retomar el tema en su aspecto moral y antropológico. A manera de exordio matizaremos primero el concepto de asco estudiado a partir de la palabra francesa *degout* y su derivado *degoutant*.

Esta introducción de tipo semántico nos servirá de recordatorio de los dos artículos anteriores (*Acta Médica* Nos. 67-68, pág. 73 y Nos. 71-72, pág. 73) y nos facilitará la entrada a los trabajos antropológicos de Andree Kolnay, algunas veces haciendo transcripciones literales.

Definición de degout

Los franceses llaman *degout* al desagrado que manifestamos frente a un gusto desagradable. En este sentido la mejor traducción del *degout* francés, sería "mal gusto" precedido del verbo tener. Se dice: "Esto tiene mal gusto". En este sentido *degout* sería un mal sabor, o un sabor desagradable. Por lo tanto, no es indispensable que un sabor desagradable sea siempre asqueroso. Puede ser simplemente ingrato.

Los alimentos que tenemos delante pueden provocarnos el deseo de saborearlos o al revés, pueden ser repulsivos a la vista.

Pues bien, *degout* viene a ser la repulsión que nos provocan ciertos alimentos.

Pero es el caso que también pueden producir *degout* algunas sustancias no alimenticias,

ya que los objetos desagradables al gusto no siempre son *degoutans* (asquerosas). De lo que resulta que el derivado de *degout* (*degoutant*) se apega estrictamente al asco, cosa que no pasa con *degout*. Es extraordinaria la riqueza semántica que encontramos al cotejar las dos palabras: *degout* y *degoutant*.

Una sustancia muy amarga o muy agria puede no ser *degoutant*, aunque sea desagradable; puede ser simplemente ácida o amarga. Y en tal caso nos disgusta, nos desagrada nos produce *degout*. Pero no asco.

El *degout* puede ir sin carga alguna de asco, cosa que nunca sucederá con su derivado *degoutant* que *vellis nollis* siempre lleva una carga "asquerosa."

Vamos al diccionario

Si consultamos al diccionario *Larousse* encontramos definiciones precisas de *degout* y de *degoutant*.

Degout, dice, "es falta de apetito o bien desagrado para ciertos alimentos". En sentido figurado quiere decir aversión.

En cambio, el mismo diccionario nos contesta a la palabra *degoutant* de forma mucho más tajante diciendo: "es todo lo que nos inspira repugnanancia por su aspecto, por su olor o por su acción".

Si ahora tomamos un diccionario francés-español leemos:

Degout = hastío, desgana, disgusto, repugnanancia.

Degoutant = asqueroso, nauseabundo.

Y aunque como hemos dicho, no son del

* Sección de Graduados de la Escuela Superior de Medicina del I.P.N.

todo superponibles *degout* y “gusto desagradable” (amargo o ácido) a veces se llegan a confundir los términos excluyéndose la componente “repugnancia”, íntimamente vinculada a *degoutant*. Al fisiólogo no le queda otro camino (si quiere estudiar el *degout* en el animal) que colocar las sustancias desagradables sobre la lengua del perro.

En tal caso la excitación especial de las papilas gustativas determina reacciones reflejas de protesta: salivación intensa, gestos de desagrado, degluciones repetidas y, al final, pueden surgir náuseas que llegan al vómito.

Cosa parecida sucede en el hombre. También un mal gusto intenso va acompañado de movimientos de expulsión, dificultad en la deglución, espasmos faríngeos, salivación abundante, estado nauseoso y finalmente vómitos.

Si la excitación desagradable es muy intensa participa todo el organismo: bradicardia, dilatación del iris, sudoración intensa, lividez del rostro, contracciones intestinales y temblor de las extremidades.

A final de cuentas surgirán los síntomas que acompañan la náusea y el vómito. Con sensación de asco o sin ella.

Este tipo de mal sabor o “dis-gusto” es un fenómeno inhibitorio como lo es el miedo o el dolor. Diríamos que son reacciones negativas. Frente a éstas, están las reacciones positivas y entre ellas tenemos el apetito, el buen sabor. Entre las negativas... están el desagrado, el dolor... y el asco.

Ya es hora de que penetremos al territorio antropológico del asco y para ello, siguiendo a Konlay, trataremos de conocer los terrenos fronterizos del asco que son cinco. En cada uno de estos territorios aparecen ciertos modos de reacción que por su semejanza con el asco urge su identificación para no confundirlos con el asco propiamente dicho.

a) *Desprecio.*

El *desprecio* que sentimos frente al hombre moralmente corrupto puede parecerse al asco. Sobre todo cuando el hombre corrupto se nos quiere acercar. Es entonces que sentimos una especial repugnancia muy afín al as-

co. Le detestamos mientras se mantiene a distancia o si sólo le conocemos de oídas. En tal caso lo detestamos y nada más. Si de pronto se nos hace presente y pretende invadir nuestra intimidad, lo que era “desprecio” adquiere un color nauseabundo, que nos incomoda.

b) *Desagrado*

Tampoco el asco puede confundirse con el desagrado. No, el asco no es un grado más intenso del desagrado. Hay, sí, entre ellos, una relación. Todo desagrado, si es muy intenso, se hace insufrible. No es casualidad que la exclamación vulgar llama “asqueroso” a los desagradable. No obstante, el desagrado no tiene en su esencia nada que ver con el asco. Hay desagradados muy vivos que no contienen el factor asco. Y es frecuente encontrar asqueroso algo que estéticamente no es repulsivo (por ejemplo ciertos insectos). En general, el asco es algo más relacionado con el cuerpo, se trata de una categoría ni tan general ni tan subordinada a lo estético como el desagrado.

c) *Aversión.*

La aversión es un derivado de orden superior que en su aspecto antropológico supone el asco. La aversión nos lleva a estimaciones de interés axiológico. La escala de valores que nos sirve para medir el grado de aversión puede estar desprovista totalmente del sentimiento de asco. Pero también es cierto que sentimos una cierta aversión para las cosas asquerosas. Dicho en otros términos, la condición aversiva no es componente *sine qua non* del asco. Pero pueden andar juntos.

d) *Repugnancia*

La condición de repugnante es más difícil de diferenciar de lo asqueroso. En el estricto sentido de la palabra, únicamente nos repugnan cosas materiales; por ejemplo, manjares que no se dejan probar. Puede ocurrir que haya una conducta repugnante de un hombre y este hombre nos parezca asqueroso. En

tal caso es evidente que repugnancia y asco andan juntos.

e) *Ganas de vomitar*

Sería un error interpretar el asco como las simples “ganas de vomitar”. En el asco no se puede hablar de un proceso tan simple como es el vómito. A pesar de que en todo asco hay el presagio claro de las ganas de vomitar, hay ascos muy intensos en que solamente se presenta el barrunto levisimo de la náusea (sobre todo cuando el asco no se produce por intermedio de sensaciones del gusto o del olfato). Pero hay estímulos para el vómito que no se acompañan del asco.

Por otra parte hay vómitos exentos de verdadero asco. “La arcada” puede estar libre de ascos. Es bien conocido el caso de gases picantes que se meten en la boca, provocando fuertes movimientos de vómitos sin producir sentimiento de asco.

Asco y angustia antropológica

Si cotejamos el asco y la angustia, encontramos un denominador común: su valor negativo, entendiendo por tal aquellas cosas que nos llenan de displacer, desagrado y antipatía.

Contenido intencional de la angustia

El modo intencional de la angustia es doble, puesto que se refiere, simultáneamente, a dos objetos independientes: el objeto que produce la angustia y la persona que la sufre.

Pero, ¿en qué forma se conexiona esta doble intención? La intención de la angustia se orienta hacia algo abstracto, indiferente en su esencia: El objeto peligroso se piensa solamente como “peligro” y la propia persona como “unidad de existencia”. Contrariamente al odio, la angustia no “persigue” a su objeto; no lo valora ni lo traspasa, lo rodea con un tejido intencional.

El odio presupone alguien a quien odiar. Uno está “enodiado” de una persona concreta, como puede estar enamorado de al-

guien. En cambio, la angustia sale de uno mismo... sin proyectarse al “otro”.

En el asco la referencia intencional es más unitaria. En el asco no existen dos polos unidos por una situación objetiva definida, sino que la intención se refiere a un objeto en su plenitud sensible.

Importancia de la proximidad

Un motivo importante es la proximidad del objeto asqueroso. La proximidad es un concepto que ocupa un lugar central en el problema del asco antropológico. Hablando con precisión, la proximidad no es solamente ocasión para el asco, sino un co-objeto del sentimiento de asco. Constituye el puente entre la cosa que excita el asco y la persona-sujeto que lo experimenta.

Esta relación causal que existe entre el objeto y el sujeto también se da en el sentimiento de angustia pero en distinto grado. En el asco se conserva mucho más la plasticidad del objeto. Cuando algo es “asqueroso”, lo es en sentido distinto y más pleno que lo que se nos aparece como “angustiante”.

El papel principal que desempeña la “proximidad” en el sentimiento del asco queda comprobado por el hecho de que hasta las sensaciones de asco imaginarias sitúan el objeto asqueroso en la esfera más inmediata de los sentidos. La situación objetiva se adapta mucho más íntimamente al contenido sensible de la intención. No obstante, la cuestión no es nada sencilla, y su estudio más detenido nos conduce a complicaciones muy curiosas.

Sentimiento periférico

El carácter más significativo entre el asco y la angustia está determinado por el hecho de que el sentimiento del asco (al contrario que la angustia) es un sentimiento periférico, es decir, que se refiere por así decirlo a la superficie de la persona, en su tegumento (o en su sensorio) y, sólo *cum grano salis*, penetra al fondo, pero nunca invade la existencia total de la persona.

Podríamos decir que el estrato más exte-

rior de la persona y el objeto asqueroso se mezclan “armónicamente”. A ello se agrega el aspecto material del asco, pues no solamente puede afirmarse que la proximidad del objeto asqueroso determina su acción, sino además el carácter asqueroso del objeto muestra una tendencia a querer acercarse y pegarse. Lo asqueroso nos mira sarcásticamente, fijamente, y echa pestes contra nosotros. La manera como se nos acerca (especie de irradiación del objeto asqueroso) nos permite subrayar todavía más su componente de proximidad.

El modo como “lo asqueroso” se acerca a nosotros es muy distinto del modo como lo hace lo “odioso”. “Lo odioso” no existe como cualidad independiente del hombre que odia. El odio sólo puede despertarse en el hombre por un objeto de ética reprochable. Sea un comportamiento hostil, sea una negativa amorosa... y en estas mismas circunstancias exteriores puede manifestarse, en vez de odio, menosprecio.

El odio tiene tendencia a escudriñar su objeto, mientras que el asco se produce, generalmente, como única reacción posible que el objeto provoca de modo inmediato. Así pues, el objeto del asco es provocativo y está más cerca del sujeto que el objeto del odio. Diríase que el objeto tiene una intención dirigida al sujeto... como si se preocupase de él.

La paradoja del asco consiste en que, como la angustia, es una verdadera reacción de defensa contra algo que le afecta unívocamente y que tiene tendencia a ir hacia él. Una vez provocado el asco el sujeto escudriña, investiga el objeto en toda su esencialidad. Mientras la angustia tiende a soltarse y desprenderse del objeto que la provoca, el odio quisiera aniquilar su objeto. El asco ocupa una posición intermedia; desde luego le interesa alejar el objeto asqueroso de la periferia del sujeto, pero el *ordo executionis* que prepara la acción es muy distinta.

Mientras que en la angustia el objeto que le provoca aparece ante el sujeto como algo amenazador (“más fuerte que uno mismo”) el asco contiene cierta intención despectiva para el objeto. Lo asqueroso es, por principio, algo que no amenaza, sino que perturba,

aunque una simple perturbación no produce asco por mucho que se intensifique.

Tenemos por asquerosas ciertas cosas que no consideramos importantes, cosas que no hay necesidad de destruir, ni de las cuales se huye, sino que, más bien, las apartamos de nuestro camino. En otras palabras, mientras la angustia me obliga a huir de lo que me circunda (de mi situación actual) el asco me lleva simplemente a limpiar mi ambiente y mis alrededores.

Paradoja del asco

Hay otro hecho que ilumina la paradoja del asco. El matiz de reto o provocación que hay, de forma latente, en el asco. En el asco existe indudablemente algo semejante a una invitación. A pesar de su condición repulsiva se conduce como un cebo sarcástico.

Esto parecerá muy poco fenomenológico y muy psicoanalítico, pero es así. Cuando examinamos el contenido del asco comprobamos que es peculiar del mismo un apartamiento del objeto asqueroso y al mismo tiempo una presunta atracción del sujeto por el objeto. Por numerosos que sean los elementos de placer que pueda inmiscuirse en la angustia, en su esencia es comprensible sin necesidad de suponer un anhelo hacia el objeto temido.

En el asco ocurre lo contrario. En su lógica interna está contenida la posibilidad de una aprehensión positiva del objeto —deseo de palparle, consumirle o cogerle—. Con esto subrayamos la relativa angostura del círculo de objetos que pueden producir asco, pues en este círculo entran solamente cosas que, “si no fuera por el asco”, hubieran sido destinadas a un uso positivo (alimentos, seres vivos). Para hablar en términos psicoanalíticos, el asco es ambivalente en la medida que es una fruición reprimida. Con esto no queremos decir que el asco sea consecuencia de esa represión. Pero esta ambivalencia caracteriza una faceta del asco. Desde luego, este descubrimiento del carácter ambivalente contribuye a comprender aquel extraño “engolosinamiento”, que es el punto de partida del asco.

Intención en la angustia y el asco

En la angustia, como ya dijimos, la intención se refiere preponderantemente a una existencia personal, mientras que en el asco se refiere a una presencia objetual.

La angustia invade a la persona angustiada. Se apodera de su estado total. La angustia está relacionada realmente con la existencia.

Es verdad que tanto la angustia como el asco aluden a un objeto exterior, pero sólo el asco se detiene en él, se ocupa de él.

Para la angustia, la percepción sensible es, antes que nada, una noticia o un presagio, para el asco sólo secundariamente se une a éste. Lo contrapuesto a la angustia es la “placidez” y la antítesis del asco es el “antojo”.

Precisamente porque el asco y la angustia son reacciones de defensa, no se refieren, en su intención, ni a la existencia ajena (como en el odio y la agresividad) ni a la propia manera de ser del sujeto (como en el arrepentimiento y el pudor).

Ambas se refieren a una perturbación de la propia existencia por un ser extraño. Mas con esta diferencia. Para la angustia, son primarias y constitutivas las circunstancias de la existencia, mientras que para el asco lo determinante y primario es el objeto. De aquí que no exista una cualidad delimitada de los objetos odiosos y que por ende no pueda existir un odio imaginario como puede existir un sentimiento imaginario del asco. Asimismo, las manifestaciones de angustia y asco sólo pueden ser secundarias.

La relación estrecha del asco con el contacto del objeto depende de que el sentimiento del asco esté constituido por la percepción y la vivencia del objeto; es decir, por un sentirse atraído, a pesar de todo, mientras que la angustia parte de la inquietud por la propia existencia, y el objeto sólo se anuncia como algo amenazador que debemos evitar.

En el asco la referencia intencional a la existencia no es primaria como en la angustia. Según esta idea, ante lo asqueroso experimentamos angustia, sólo que es una angustia a la que se añade una cualidad especial.

Todo lo asqueroso tiene al mismo tiempo algo chocante y misterioso.

En el asco hay también una cierta referencia intencional a la existencia —vaga y general— que forma el matiz defensivo de este sentimiento: “perturbación”, proximidad... proximidad forzada que brota del objeto, pero, al mismo tiempo, un matiz secundario de acecho por parte del objeto. De aquí que el cariz defensivo del asco no esté exento de una cierta relación con la propia existencia, con la propia “seguridad”.

Recíprocamente, también en la angustia interviene la manera de ser del objeto, puesto que la imagen del objeto temido se convierte en el punto de sostén de la intención, si bien el sentimiento de la angustia se refiere, desde el principio, al propio estado y a las formas de éste. Pero aunque la angustia se relacione de algún modo con el objeto temido, no existe esa intención de analizar la manera de ser del objeto que hay en el asco.

A pesar de las paradojas del asco, hemos visto que su estructura intencional es más unitaria y compacta, sobre todo si atendemos a la unidad relativamente amplia que forman el asco físico y moral; podemos esperar penetrar aún más profundamente en su esencia por medio de una fenomenología del objeto del asco.

Tipos del asco moral

El intento de clasificar el asco moral no puede aspirar a la misma evidencia que encontramos en la clasificación del asco físico. Por lo pronto trataremos de distinguir cinco clases de asco moral.

a) Asco por saciedad

Cuando la materia no es asquerosa, la sensación de desagrado producida puede adquirir un matiz parecido al asco. Es el caso del asco por *saciedad*. La saciedad, en el sentido estricto, se presenta únicamente cuando la vivencia es reiterativa. Entonces, no es tanto el objeto sino la “rutina” lo que se hace asqueroso.

Cuando digo que he llegado a hartarme de algo, este sentimiento no surge de la saciedad propiamente dicha; significa simplemente que “he perdido la paciencia”.

Y cuando digo: “no lo puedo tragar por más tiempo” quiere decir, simplemente, que el placer deja de serlo. Diríamos que se nos hace soso, confuso, y de algún modo sensible el enfado que acaba por irritarnos.

La persistencia se convierte en un sentimiento de defensa, vemos comparecer formas típicas de la saciedad a partir de cosas placenteras. Así es el asco que se siente pensando en una embriaguez pasada, aunque no sea alcohólica.

En el matrimonio la monotonía tiene un sentido vital que se agota en sí mismo. Peligro ético que surge del erotismo monogámico. Es por esta razón que el matrimonio normal puede conducir a estos extremos de saciedad a través de la rutina.

b) *Vitalidad exagerada*

Como objeto inmediato de asco moral tenemos también la vitalidad exagerada si se desarrolla en un lugar inadecuado. La mayoría de las veces el efecto del asco está condicionado por el carácter de esa hipervitalidad, carácter que se revela en cierto modo como traidor a la vida y en cierto sentido como incitante de la corrupción.

Si por ejemplo, alguien es muy fuerte y ejecuta trabajos físicos extraordinarios, esto sólo difícilmente podrá mover a asco. Pero si además de ser “hombre de músculos”, acusa una vida espiritual completamente descuidada... la brutalidad y la energía corporal que se desencadena en todas direcciones despiden un “olor” a vida primaria que puede parecer nauseabundo —aunque nunca llegue a ser típicamente asqueroso.

La descarga del asco se hace actual al aproximarse el objeto que la produce. El objeto necesita, para ser asqueroso, un elemento de proximidad. En el cumplimiento de esta condición arraiga el papel tan extendido del asco que nos produce la sexualidad desbordada.

La representación de una vitalidad que hierve y arde en sí misma, la acentuación de

la proximidad y el afán de transferir esta cercanía sobre la situación del propio sujeto afectado, producen una sensación de asco.

A esto se añade que el impulso sexual es uno de los grandes impulsos de la vida.

Piénsese en una sexualidad zoológica y en cierto modo hostil a la vida humana. El asco encuentra en esta esfera un ancho mundo de objetos; pero hemos de decir en seguida que el asco y el juicio ético no corren en riguroso paralelismo. El asco se produce ante ciertos aspectos y tipos de amoralidad sexual, pero puede percibirse sin acompañarse inmediatamente de un verdadero juicio ético.

El asco se producirá ante la inmoralidad, en tanto que ésta se nos presenta como “ensuciamiento” de la vida y de sus valores.

En realidad, todo lo sexualmente exagerado puede hacerse asqueroso. La causa de por qué el asco original, intenso, no está localizado en la esfera sexual sino en la gástrica, tiene en parte su razón de ser en la mayor sencillez y claridad de las condiciones en esta última esfera, pero más todavía en la existencia de las ganas de vomitar, del movimiento antiperistáltico que puede decir, ¡no!. Cosa que no tiene parejo en la esfera de la repulsión sexual.

Así pues, la “sexualidad desordenada” representa un exceso de vida animal húmeda, espumosa, insana.

c) *Mendacidad*

Entre lo asqueroso moral hay que incluir la mentira. La aversión que nos hace insostenible comprobar que alguien es mendaz, contiene una componente del asco. La repulsión surge frente a un hombre del cual sabemos que es mentiroso.

Lo que da a la mentira la nota de asquerosidad es, en primer lugar, su agresividad oculta, escurridiza y sinuosa; por decirlo así, es un hombre que se comporta a modo de gusanos y culebras.

Un asco muy pronunciado, por ejemplo, se produce cuando nos vemos obligados a escuchar lisonjas de la boca de alguien del que sabemos que no guarda para nosotros más que malas intenciones.

La mentira misma, como producto personal, contiene la intención torcida, blanduzca, cuajada con materiales vivos opuestos a la verdad.

En la mendacidad uno se expresa a modo de putrefacción, puesto que la persona a la cual se ha mentido carece de importancia. Lo que destaca, en primer lugar, es el hecho de que el mentiroso no se muestra a sí mismo; el mentiroso se encubre con una capa de vivacidad mucilaginoso y sucia.

Su principal móvil es engañar. El rasgo asqueroso del que engaña sistemáticamente consiste en un pensar y vivir torcido, engañoso y cobarde, generalmente cargado de un egoísmo inconfesable.

d) *Corrupción*

Muy parecido es el asco que produce cualquier clase de falsedad, infidelidad, traición, etc. No vamos a detenernos en los matices y grados diferentes de este asco. Merece especial mención una variedad de la traición, que se puede designar, en el sentido más amplio, como corrupción.

La humanidad considera “sucio” y por tanto, asqueroso, al que trasfunde todos los valores vitales (sobre todo los valores más altos) al valor del dinero. Aquel que traduce toda la axiología a dinero.

Con esto no queda completamente caracterizada la “suciedad” del corrupto. Dicha suciedad se fundamenta mejor en la aptitud especial para elaborar un interés económico que logre socavar otros valores poniéndose en su lugar.

Involuntariamente surge entonces la imagen de una materia informe, pastosa y podrida, que se introduce corrosivamente como algo muerto que simula estar vivo.

Justamente en esto se funda el rasgo esencial de la “corrupción”, en que aquellos valores desalojados (honor, bien público, convicción, etc.) no desaparecen para ceder su lugar al cosmos homogéneo del valor del dinero, sino que perduran como máscaras y en una forma debilitada y desarraigada.

Este socavamiento agresivo reside en lo pútrido. Imagen de una sustancia viviente

que se descompone.

Con ello concuerda completamente el hecho de que también la corrupción muestra un brillo de putrefacción, un florecimiento aparente de cierta clase de actividad de especulación. Superficie brillante y abigarrada de pseudovalores de todas clases, enmascarados por la omnipotencia del dinero.

e) *Endeblez y flojedad*

Terminamos esta enumeración con una indicación acerca de la nota de asquerosidad que tiene toda “blandura” moral: aludimos a la inconsistencia y falta de carácter. En estas cosas falta una espina dorsal interna. En una palabra, poca hombría.

La falta de una voluntad firme para tomar una posición definida o para asumir una responsabilidad, no es una simple cobardía. La cobardía es menospreciable, pero no asquerosa.

A este grupo pertenecen la sensiblería, la indolencia y el entusiasmo o la exaltación fácil. En suma: todo lo que significa falta de solidez espiritual y moral.

Todo esto puede producirnos asco.

Algunos sienten este asco frente al éxtasis del alma de los románticos edulcorados y sentimentalistas. Cosa que encontramos en una gran parte de la literatura rusa y en la de los místicos milagrosamente iluminados.

En esta literatura se encuentra la “vida” como derretida en un magma de novela rosa que se resiste a toda forma sólida, con fines heroicos sin sentido humano. La vida sin sentido, sin programa y sin deseos de realizarse se hace blanducha y asquerosa. Es la vida del conformista que elogia al superior y hace lo que se hace, dice lo que se dice, sin pensar por cuenta propia.

Esta desproporción entre pocos y muchos valores espirituales, cuando la “materia” viva vegeta a este nivel tan elemental, es que en el fondo hay una putrefacción incipiente.

Función ética del asco

No es una objeción, sino una comprobación que el asco y el juicio ético no se presenten en

riguroso paralelismo, sino en una coordinación circunstancial.

El asco no es una experiencia primaria de lo perverso, pero sí alude a ello. En otras palabras, el asco señala la presencia de una cualidad de lo inmoral, a saber, lo moralmente "pútrido".

Para describir esta cualidad con más detalle, vamos a comparar el asco con un sentimiento de reprobación moral como es el menosprecio, el cual, como vimos, tiene ciertas afinidades con el asco.

Aunque el menosprecio no acompaña invariablemente al concepto negativo de valor, presupone un juicio desfavorable acerca de un objeto. Sólo un hombre capaz de juzgar puede menospreciar.

El menosprecio es una actitud que se puede fundamentar con argumentos. Por esta razón, en el caso de una refutación racional, el menosprecio se extingue.

Por otra parte, el menosprecio contiene algo que va más allá del juicio negativo: lleva consigo un matiz sentimental, incluso una pizca de asco.

Es verdad que un objeto puede despertar menosprecio sin asco. Pero en muchísimos casos el asco y el menosprecio están unidos en un sentimiento de repulsión moral; es evidente que se puede menospreciar a alguien que se comporte como un vil gusano. Pero no todo lo que éticamente condenamos lo menospreciamos al mismo tiempo; y viceversa, en los valores que están más allá de los éticos hay algo que puede ser menospreciable.

El menosprecio no se opone al valor moral como lo mezquino y lo repelente.

También en eso muestra su analogía con el asco, como si en el menosprecio hubiera un asco formalizado. El menosprecio y el asco concuerdan en que ambos se refieren a lo que, además de ser opuesto a valor, es al mismo tiempo misero y quebradizo.

El menosprecio se refiere más a la falta de voluntad ética que surge de una vida inferior.

El asco en cambio se refiere más a una constitución "sucias" que de algún modo conlleva una putrefacción sustancial. Así por

ejemplo, la mezquindad es menospreciable pero no asquerosa. La lujuria refinada (impregnada de espíritu) es más asquerosa que despreciable.

Por otra parte, la esfera del asco se extiende a cosas tales como "situación sucia", "asunto sucio", "motivo sucio", que pueden no ser menospreciados.

Por eso atribuimos al asco una función ética que el menosprecio por sí solo no podría cumplir.

Desde luego no tiene el asco la seguridad normativa que tiene el menosprecio. El asco puede ser un indicador, pero no puede ser un agente determinante.

Supongamos un hombre enteramente dedicado al servicio de una cosa perversa o de una pasión inferior y que luego declare que lo que "se toma generalmente por malo" es precisamente lo "bueno" y valioso.

Este satanismo del criminal empedernido se extiende a las esferas de los instintos más allá del poder de la voluntad. No es ni menospreciable, en el sentido primario, ni asqueroso; para verlo como tal se necesitaría una perspectiva metafísica, en la cual figura el diablo como el engañado en último término.

Pero si alguien posee dentro de sí pasiones o debilidades a las cuales sucumbe, entonces eso puede ser menospreciable, como lo es toda clase de debilidad moral. Pero esto no es asqueroso, puesto que este hombre no vive dentro de lo malo.

Otro tipo menospreciable es la actitud de quien vive sin lucha, sin agonía, sin combate interior. Este conformista es un consentido que firma un pacto con el mal que le ayuda a sortear los escollos de su camino. Con este compromiso de afirmar una falta de ética frente a la vida.

La putrefacción moral ataca lo más íntimo, lo más vital, lo más valioso de la persona, y lo hace brillar en un moho espumoso.

La enfermedad mental no se parece a la putrefacción, puesto que en ella no se presenta un "exceso de vida". Hay mejor una referencia intencional a la muerte dentro del marco de su estructura vital.

En la enfermedad mental la vida y la muerte

no son tocadas como procesos sustanciales. Es verdad que ciertos productos de la locura pueden obrar “asquerosamente”. Tal por ejemplo la monstruosidad física. Pero asqueroso, en su verdadero sentido, sólo llega a serlo la “putrefacción moral”.

Su relación con el asco se advierte por lo que puede tener de “atrayente”, y que por tanto es capaz de engañar.

Un verdadero criminal engaña más que un animal salvaje.

Es opinión general que la limpieza del espíritu y ciertos sentimientos de asco tienen importancia moral. Esto no se apoya únicamente en la significación higiénica de la limpieza. Se afirma también que el hombre sucio por fuera lo es también por dentro.

En cualquier grado de limpieza puede ocultarse una intención cualitativamente distinta; descuido no es falta de sensibilidad —y la limpieza puede proceder de una verdadera necesidad de pureza o de refinamiento erótico, incluyendo, también, el deseo de ocuparse con materias sucias.

En todo caso, la falta de capacidad física de sentir asco, revela también una atrofia del “sentimiento” ético.

El problema de la “superación” del asco

La idea de que el asco, lo mismo que la an-

gustia, pueden ser superados y que eso sería éticamente meritorio, ha sido defendida de modos diferentes.

A menudo existe una agresión por una proximidad forzada, por ejemplo la que sentimos cuando se nos acerca una persona sentida como asquerosa o cuando uno se encuentra de pronto con cierta especie de alma que nos parece asquerosa.

El asco no debe ser razón suficiente para apagar el amor hacia una persona; junto a la mera defensa, debe ser considerada la posibilidad de un cambio o de una afirmación de la parte valiosa que pueda haber en el objeto. Así pues, debemos exigir un vencimiento del asco, es decir, que la proximidad de objetos asquerosos o el manejo de ellos, en caso de necesidad para ciertos fines, sea soportado valientemente y con cierto hábito o “embotamiento”.

En los servicios de caridad y en la investigación científica, el asco puede ser un factor que perturba la actividad, pero al mismo tiempo puede ser vencido, ya sea por amor a los hombres o a la ciencia.

Con toda decisión debemos combatir el asco. Hay que hacerse a la idea de que el asco es una especie de “prejuicio”, una “imaginación morbosa” o una “injuria a la naturaleza” contra la que debemos pelear.

¡Nada es asqueroso, salvo el asco mismo!